

LOS BANDIDOS DE RIO FRIO, RECONSTRUCCION DE UN MUNDO HISTORICO *

La vida de don Manuel Payno Flores se desarrolla entre el 21 de junio de 1810, fecha en que nació en la ciudad de México, y el 4 de noviembre de 1894, día en que «la muerte vino a llamar a su puerta», en la villa de San Angel, vecina entonces y hoy parte de la gran capital mexicana. Pariente, por la familia de su padre, del general Anastasio Bustamante, que fue presidente de la República, el futuro escritor entró al servicio de la Administración del Estado como meritorio en el Ramo de Aduanas y fundó después, con Guillermo Prieto, la de Matamoros. A partir de entonces, Payno ocupará muy diversos cargos y puestos políticos en la cambiante e incluso accidentada vida mexicana, lo cual no le impidió, como se verá en seguida, realizar una amplia y varia tarea de escritor y publicista.

En 1840, en efecto, Manuel Payno fue secretario del general Mariano Arista, empleo que abandonó para pasar al de jefe de sección del Ministerio de la Guerra con el grado de teniente coronel. Nombrado después administrador de las rentas del Tabaco, en 1842 experimentó su vida un nuevo e importante cambio, pues fue designado secretario de Legación y viajó, en calidad de tal, a Suramérica y a Europa. Dos años después estaba de vuelta en México, pero también en 1844 fue enviado a Estados Unidos con el fin de estudiar el sistema penitenciario de aquel país. Para entonces, ya se había dado a conocer como poeta, actividad literaria en que, sin embargo, no llegó a descollar y que cambió pronto por la de prosista. Así, tras su visita a Estados Unidos, en 1845 empezó a publicar, en la *Revista Científica y Literaria*

* Doy ahora este título al texto del estudio preliminar a la edición de *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno, que publicará Editorial Planeta en el primer volumen de su colección de Grandes Maestros Hispanoamericanos.

de México, su primera novela, titulada *El fistol del diablo*, que terminó en 1846 y cuya primera edición en libro apareció trece años después. En 1871 se publicó, también en México, la segunda edición corregida, y transcurridos dieciséis años más, en 1887, vio la luz la tercera edición, «corregida y aumentada», con pie de imprenta en Barcelona y en México.

Declarada la guerra a México por Estados Unidos, Payno fue encargado de organizar un servicio secreto de Correos entre la capital y Veracruz. Pero fue después de finalizada la contienda y consumado el expolio territorial de la República mexicana cuando nuestro escritor alcanzó su primer cargo político de importancia: fue nombrado ministro de Hacienda, en 1850, en el gabinete del presidente general José Joaquín Herrera. No permaneció, sin embargo, mucho tiempo al frente del Ministerio, pues la inestable situación política mexicana hizo que no tardara mucho en subir al poder el célebre general Antonio López de Santa Anna, quien persiguió tan implacablemente a Payno, que le obligó a huir del país y refugiarse en Estados Unidos. Mas un nuevo bandazo político, que esta vez le fue favorable, situólo de nuevo en el poder, y en 1855 volvió a dirigir la Hacienda mexicana en el gobierno de Comonfort. Llevó entonces a cabo el desestanco del tabaco y celebró varios convenios sobre la Deuda exterior. Esto último le permitió conocer a fondo, entre otros, los problemas pendientes con España en ese campo, como puso de manifiesto en su trabajo sobre *La convención española*, publicado en México en 1857, año en que, acusado de ser uno de los responsables del golpe de Estado, fue sometido a proceso y eliminado de la política. Cinco años después, en 1862, cuando la intervención franco-británico-española estaba ya decidida, volvió a insistir en aquel tema a través de su estudio *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia*.

El año anterior había publicado Payno *El hombre de la situación* —que fue reeditada, también en México, mucho tiempo después, en 1929—, y en 1865, finalizadas ya las persecuciones padecidas durante la Intervención, dio a luz *Vida, aventuras, escritos y viajes del doctor don Servando Teresa de Mier*. A partir de aquella fecha, puede afirmarse que termina la actividad política de Payno, ya que, después de haber reconocido al imperio de Maximiliano, sólo fue diputado, una vez restaurada la República, profesor de Historia Patria en la Escuela Preparatoria y, en 1882, senador. Ello explica, quizá, la actividad literaria desplegada por nuestro escritor en aquellos años, que se tradujo en la publicación de dos libros en 1871: uno de narraciones, titulado *Tardes nubladas*, y otro, en colaboración con Vicente Riva Palacio,

Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, que lleva por título *El libro rojo*.

1882 es un año importante en la vida de Manuel Payno. Elegido senador de la República, el ya viejo escritor fue enviado a París, como agente de colonización, por el presidente Manuel González, a quien Porfirio Díaz cligiera para sucederle durante un período presidencial. Desde entonces hasta un año antes de su muerte, Payno estuvo en Europa: en París hasta 1886, en que fue nombrado cónsul en Santander; de 1886 a 1891, en España, primero en el citado cargo diplomático y, por último, hasta 1894 como cónsul general en nuestro país con residencia en Barcelona. En esta capital catalana publicó sus últimas obras: en 1889, *Barcelona y México en 1888 y 1889*; después, *Novelas cortas*; por último, su novela más importante, *Los bandidos de Río Frío*, cuya primera edición apareció por entregas entre 1889 y 1891, con el seudónimo «Un ingenio de la Corte», y que fue reeditada en México, en 1928, en la Biblioteca Popular de Autores Mexicanos, dirigida por Luis González Obregón —apareció con la nota de edición «corregida en vista de los apuntes y borradores facilitados por los herederos»—, y en 1945, en la Colección de Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa, S. A., con prólogo de Antonio Castro Leal.

Manuel Payno regresó a México en 1891. Al año siguiente fue de nuevo senador, y aún lo era el 4 de noviembre de 1894 cuando falleció a los ochenta y cuatro años de su edad. En aquel tiempo y aun dos décadas después, nadie hubiera hablado bien de Payno desde el punto de vista literario, pues —como dice Mariano Azuela en sus *Cien años de novela mexicana*— «el snobismo del afrancesamiento hacía entonces despreciar lo mexicano», y citar, por ejemplo, *Los bandidos de Río Frío* «como una buena novela mexicana habría sido signo inequívoco de atraso y de mal gusto». Pero desde que la Revolución Mexicana reivindicó lo nacional, muchos hombres de letras olvidados y no pocas obras desdeñadas antes cobraron el relevante puesto que en justicia les correspondía. Y este fue el caso de *Los bandidos de Río Frío*, como trataré de exponer a continuación.

«LOS BANDIDOS DE RÍO FRÍO»

«Hace años, y de intento no se señala cuál, hubo en México una causa célebre. Los autos pasaban de 2.000 fojas y pasaban también de manos de un juez a las de otro juez, sin que pudieran concluir. Algunos de los magistrados tuvieron una muerte prematura y muy

lejos de ser natural. Personas de categoría y de buena posición social estaban complicadas, y se hicieron, por éste y otros motivos, poderosos esfuerzos para echarle tierra, como se dice comúnmente; pero fue imposible. El escándalo había sido grande, la sociedad de la capital y aun de los Estados había fijado su atención, y se necesitaba un castigo ejemplar para contener desmanes que tomaban grandes proporciones. Se hicieron muchas prisiones, pero a falta de pruebas, los presuntos reos eran puestos en libertad. Al fin llegó a descubrirse el hilo, y varios de los culpables fueron juzgados, condenados a muerte y ejecutados. El principal de ellos, que tenía una posición muy visible, tuvo un fin trágico.»

Estas palabras de Payno en el prólogo de su novela (tomo I, pág. XV de la edición de Castro Leal, por la que citaré) aclaran el origen de la obra. «De los recuerdos de esta triste historia —agrega el autor— y de diversos datos incompletos, se ha formado el fondo de esta novela.» Y hay más: «Ha debido aprovecharse la oportunidad para dar una especie de paseo por en medio de una sociedad que ha desaparecido en parte, haciendo de ella, si no pinturas acabadas, al menos bocetos de cuadros sociales que parecerán hoy tal vez raros y extraños», debido al cambio de las costumbres (I, XV-XVI). El autor, por lo demás, llama a su obra «ensayo de novela naturalista», afirma que «no pasará de los límites de la decencia, de la moral y de las conveniencias sociales», de modo que «sin temor podrá ser leída aun por las personas más comedidas y timoratas», y repite esta misma idea, ya en el texto de la obra, cuando dice que no transcribe algunas reflexiones sobre la maternidad por no ser indispensables y «porque no queremos que el naturalismo pase de los límites que permitan la moral y las exigencias sociales» (I, XVI y 4).

El propio Payno declara también dónde y cómo empezó a escribir su novela, dónde la terminó y algunos otros detalles concernientes a su publicación. «Comencé esta novela —escribe— en las orillas del borrascoso mar Cantábrico, mirando desde mis ventanas salir las barcas de los pescadores en las noches serenas y apacibles, con el cielo limpio y las estrellas radiantes, y volver en días en que amenazantes nubes venían del horizonte como a sorber las pequeñas embarcaciones que desaparecían por momentos entre la verdosa espuma de las olas.» Contemplando esas escenas y pensando en la dura y peligrosa vida de los pescadores, «pensaba también en las cosas de otro tiempo, en mi patria lejana, y llenaba cuartillas de papel con mis recuerdos, sin saber a cuántas páginas llegaría esta labor, que absorbía algunas horas diarias de mi vida aislada y la poblaba, a veces, de personajes fantásticos

o reales, que venían a acompañarme y a platicar conmigo cuando yo los evocaba, cualquiera que fuese el lugar en que se hallaran o el sepulcro en que estuviesen durmiendo el sueño final de los seres humanos» (V, 389 y 390).

Los bandidos de Río Frio apareció en su primera edición, como ya se ha dicho antes, firmada por «Un ingenio de la Corte». Payno mismo aclara a este respecto: «No puse mi nombre al frente de la novela, entre otras cosas, porque no sabía si mi edad y mis pesares me permitirían acabarla» (V, 390-391). Después añade que le aconteceron no pocas cosas tristes, que «la novela se interrumpió» y «los lectores se enfadaron» —lo cual prueba que la publicó por entregas—, pero que «Dios ha permitido que yo siga todavía el penoso viaje de la vida, y la obra ha terminado en la costa de Normandía, delante de una playa desierta, de un mar como un espejo y en un hotel donde no había más viajero que yo. Allí, en la quietud y soledad de mi cuarto, he pensado también en las 'cosas de otro tiempo', completando más de dos mil páginas, que habrán fatigado, más que a mí, al más sufrido y paciente de mis lectores» (V, 391).

El tema de tan vasta obra novelística aparece también explícitamente declarado por el autor en el capítulo LXIII de la segunda parte, último de la obra y que se titula «Cosas de otro tiempo» (V, 391-394). Se expone allí que en una de las épocas presidenciales del general Antonio López de Santa Anna, el robo se generalizó en México, en sus alrededores y en el camino a Veracruz de un modo que llamó la atención de las autoridades, por tratarse de golpes bien preparados y que se producían en circunstancias misteriosas. También de un modo casual, se descubrió que un coronel Yáñez, ayudante de Santa Anna, era el jefe de la organización bandolera, que tenía en sus redes a la mayor parte de las familias de México. «El aguador —escribe Payno—, la cocinera, el cochero, el portero, todos eran espías, cómplices y ladrones, y, por más seguridades que se tomaran y los mejores *papeles de conocimiento* que se exigieran, nunca se llegaba a saber si se tenían sirvientes honrados o pertenecían a la banda de Yáñez.» Y agrega: «He aquí los pocos recuerdos que conservo. Que ese Yáñez era muy sociable y simpático en su trato personal, que tenía, como se dice vulgarmente, muy buena presencia, que era lujoso y hasta exagerado en el vestir, pues siempre traía cadenas muy gruesas de oro enredadas en el chaleco, botones de hermosos brillantes en la camisa y anillos de piedras finas en los dedos; que el ciego Dueñas hablaba muy mal de él y le había puesto *Relumbrón*, a causa de las muchas alhajas que ostentaba; que el general Santa Anna, aunque le distinguía mucho,

al cerciorarse de los crímenes atribuidos a su ayudante, hizo una cólera que lo tendió en la cama; que lo entregó a la justicia ordinaria, y algunos añadían que le arrancó las presillas de los hombros y se las tiró a la cara antes de entregarlo al juez que personalmente fue a prenderlo al Palacio Nacional.»

Se ve, pues, que el personaje central de la novela existió históricamente, y así lo afirma el propio Payno, quien añade, además, que ese relato se quedó, en cuanto a crímenes y robos, «muy atrás de la verdad». En este aspecto, el autor confiesa también que hubiera sido más interesante que cualquier novela el extracto de la causa instruida, la cual ocupaba «no cuatro cuadernos, sino cuatro o cinco resmas de papel» y había desaparecido antes que el novelista obtuviera el permiso para verla. Incluso llegó a publicarse un folleto titulado *Extracto de la causa del coronel Yáñez y socios*, que tampoco pudo Payno encontrar jamás.

La obra tiene, pues, una indudable y clara base histórica. En este sentido, refleja perfectamente el clima de temor e inseguridad creado por el bandidaje, tema acerca del cual puedo brindar el testimonio, rigurosamente inédito, del embajador español en México, don Salvador Bermúdez de Castro, quien el 27 de noviembre de 1846, en su despacho número 386, escribía lo siguiente: «La inseguridad de los caminos públicos, siempre demasiado común en este país, se ha aumentado escandalosamente desde la última revolución. La concentración de todas las tropas en el Norte ha abandonado a los malhechores el tránsito desde Veracruz a la capital; y la organización de milicias nacionales en los pueblos ha puesto las armas en manos de los proletarios y vagabundos. Los desertores aumentan el número de bandoleros; de modo que casi todas las diligencias son robadas, asaltadas con frecuencia las haciendas de labor, y sin fuertes escoltas es peligroso pasar las garitas mismas de México» (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, legajo 1649).

En definitiva, la novela está basada en los recuerdos de su autor, que casi siempre suele aducir ese testimonio para apoyar o demostrar lo que dice. Así, cuando se refiere al sentimiento de miedo y terror que despertaba el oír en la noche pasos en las azoteas de las casas, porque ello anunciaba el robo y aun la muerte, añade en seguida: «Yo recuerdo que cuando era niño no había semana en que no hubiese en la casa en que vivía, pasos en la azotea, que nos dejaban a todos helados de terror. Muchos años después, a la segunda ocasión que hubo pasos en la azotea de la casa de la calle de Santa Clara, que yo habitaba, apagué las luces, y cuando los ladrones amarraban un grueso

cordel a la cabeza de la canal, les disparé un tremendo balazo con mi fusil de munición de guardia nacional, y no aparecieron más» (V, 110). Pero no es sólo eso. Además de tomar de la realidad al personaje principal —coronel Juan Yáñez, que fue comandante militar de Acatlán y mayor de plaza en Puebla, además de ayudante de Santa Anna, y que fue condenado a muerte y ejecutado en julio de 1839—, Payno describe largamente los escenarios, el ambiente y los antecedentes de casi todos los personajes, alrededor de los cuales agrupa todo lo que había conocido, que era mucho. Y así lo dice, con sinceridad y sencillez, en las mismas páginas de su novela, en algunas de las cuales coloca notas —casos de los capítulos XLIV y XLVII de la segunda parte (V, 65 y 145)—, como la que advierte al lector que a partir del momento en que se cita al marqués de Radepont, todo el relato es «de la más rigurosa exactitud, y más bien son páginas sueltas de las memorias del autor, testigo de muchas de las escenas mezcladas en la novela».

Por eso ha podido decir Antonio Castro Leal que *Los bandidos de Río Frío* es «la pintura de toda una época». «Payno —agrega— nos presenta la vida de aquel tiempo en todos sus aspectos: los miserables y los ricos, las hechiceras y los jueces, los militares y los políticos, los periodistas y los abogados, los petimetres y los sacerdotes, los tahúres y los rúbulas, los secretos de las familias nobles y las desventuras de los desamparados, los asaltos de los bandidos y las hazañas de los charros, la ciudad y sus pintorescos alrededores, los muladares y los talleres, las tortillerías y los salones elegantes, las funciones religiosas y las partidas de juego, las delicias de la ópera y el regocijo popular de las ejecuciones, los hospicios y las cárceles, las pulquerías y los mercados, las platerías y los mesones, los almacenes de los españoles y las fruterías de los indígenas, las haciendas y los ranchos, las ferias y los herraderos, las aventuras de las diligencias y del tráfico lacustre que llegaba al *puerto* de San Lázaro, las rivalidades del Gobierno federal y de los gobernadores de los Estados, las asonadas políticas y las incursiones de los comanches...» (Prólogo, págs. VIII-IX).

Es, en efecto, el propio autor quien llama a su obra «colección de historias» y «cuadros de costumbres» (I, 353). Y así, precisamente, define su novela. Como hace con frecuencia digresiones, se excusa y pide perdón al lector, porque interrumpen la acción novelesca. Pero —aclara— «yo no escribo novelas que puedan compararse en interés con otras francesas, inglesas o españolas. Esas tienen un valor literario que estoy muy lejos de pretender; escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros menos bien o mal trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron,

de edificios que han sido derrumbados; son una especie de bosquejos de lo que ha pasado, que se liga más o menos con lo que pasa al presente. Si así sale una novela, tanto mejor; si agrada ese es mi deseo y mayor el de mi buen amigo y editor, y si por ello me conocen un poco más, me sería indiferente si no deseara dejar a mis hijos algo de herencia moral, ya que la suerte me hizo nacer en medio del trabajo y de las penas y no en la canastilla de los pesos del Aguila y de las onzas de oro» (I, 255).

Nada tiene de extraño, en consecuencia, que muchos de los personajes de la obra no sean producto de la invención del autor, sino extraídos por éste de la realidad, o «de carne y hueso», como dice Payno. «Los unos —advierde él mismo— han desaparecido ya de la eterna comedia humana, los otros han envejecido, y el resto, aunque corto, quizá anda por esas calles cubiertas de lodo y de agua en la estación de las lluvias, con su pantalón remangado y su sombrero forrado con un pañuelo de cuadros a falta de paraguas.» Y todavía aclara que a «los personajes de importancia y calificados de gente decente» los presentará al lector, mientras que a «los de baja ralea» los dejará «un poco aparte, aunque haciendo conocer sus antecedentes, o, al menos, los rasgos más notables de su vida» (I, 153). Así, en efecto, Payno da, a veces, excelentes retratos de los personajes, como éste de «Relumbrón», entonces jefe del Estado Mayor presidencial, a quien describe con estas palabras: «Era un hombre de más de cuarenta años; con canas en la cabeza; patillas y bigote que se teñía; ojos claros e inteligentes; tez fresca, que refrescaba más con escogidos coloretos que, así como la tinta de los cabellos, le venían directamente de Europa; sonrisa insinuante y constante en sus labios gruesos y rojos, que enrojecía más con una pastilla de pomada; maneras desembarazadas y francas; cuerpo derecho, bien formado. Era, en una palabra, un hombre simpático y buen mozo, aun sin necesidad de los afeites. Vestía con un exagerado lujo, pero sin gusto ni corrección; colores de los vestidos, lienzo de las camisas, piel de las botas, todo finísimo, pero exagerado, especialmente en las alhajas, botones o prendedores de gruesos diamantes, que valían tres o cuatro mil pesos; cadenas de oro macizo, del modelo de las de catedral, relojes gruesos de Roskel, botones de chaleco de rubies; además, lentes con otras cadenas de oro macizo, del modelo de las de Catedral, relojes gruesos finas y de perlas, permitiéralo o no la moda, tanto así se ponía. Era notable su colección de bastones con puño de esmeralda, de topacio o de zafir; era la admiración y la envidia aun de los generales cuya fortuna permitía rivalizar con él.» Por eso, como ya se dijo antes,

se le llamaba «Relumbrón», y lo más curioso de este apodo consiste en que se lo había puesto un ciego.

Pero no es sólo el caso de «Relumbrón». Payno, que incluye en su novela a varias personas históricas a quienes consigna con sus verdaderos nombres —don Manuel Escandón, don José Bernardo Couto, don José Joaquín Pesado, el conde de Regla, el conde de la Cortina—, suele retratar bien a todos los personajes novelescos, aunque tomados de la realidad. Así ocurre con «Evaristo» —uno de los más importantes—, «Cecilia», «el conde de Sauz», los licenciados «don Pedro Martín de Oñañeta», «Crisanto Bedolla» y «Crisanto Lamparilla», y algunos otros, todos los cuales están acertadamente presentados y se mueven con gran soltura a través del relato. En cambio —como ya señaló Azuela—, cuando el autor los hace hablar, su atractivo desaparece y resultan tipos muy inferiores a lo que podía suponerse. Ello quiere decir, en definitiva, que Payno no se preocupó de penetrar en la intimidad de sus personajes, cada uno de los cuales es absolutamente bueno o absolutamente malo y alguno incluso resulta bueno o malo según los deseos o las necesidades del autor al componer su relato.

Hay, por el contrario, en *Los bandidos de Río Frío*, acertadas y aun bellas descripciones de paisajes campestres y ciudadanos, especialmente de la ciudad de México y de algunos de sus barrios suburbanos y de los alrededores más pobres. La obra casi comienza, precisamente, con la descripción de uno de esos lugares. «El rancho nada tenía que llamase la atención. Los ranchos y los indios todos se parecen. Una vereda angosta e intransitable en tiempo de lluvias conducía a una casa baja de adobe, mal pintada de cal, compuesta de una sala, comedor, dos recámaras y un cuarto de raya. La cocina estaba en el corral y era de varas secas de árbol, con su techo de yerbas, lo que en el campo se llama una cocina de humo, con sus dos *metates*, una olla grande vidriada para el nixtamal, dos o tres cedazos para colar el atole y algunos jarros y cántaros. Se guisaba en tres piedras *matatenas* y el combustible lo suministraban los yerbajos y matorrales que *rejuntaba* un peón en el cerro» (I, 7-8). El cuadro se completa así: «Delante de la fachada de la casa, que tenía tres ventanas con rejas de fierro, bastidores apollillados y cuarterones de papel blanco supliendo los vidrios rotos, se hallaba un círculo de ladrillos, donde se trillaba la cebada y se desgranaba el maíz. Cuatro sauces llorones torcidos, medio secos, adornaban el frente, y en una esquina un alto fresno cayéndose de viejo, sostenido en dos o tres partes con vigas y horcones, y cuyas raíces salían a tierra y habían levantado el enlosado y cuarteado una

parte del rayador. Un carretón desbaratado y otro reforzado en sus rayos con lios de *mecate*, las gallinas y los gallos picoteando los insectos, un burrito, hijo desgraciado de una de las preciosidades del corral, y dos o tres perros amarillos y cascarrientos, lamiéndose unos a otros a falta de comida, formaban el escenario de esta propiedad raíz, situada casi a las puertas de la gran capital» (I, 9).

Dentro de este paisaje, se manifiesta la vida humana, que es, sin duda, el tema que más atrae la atención de Payno. Sea en las afueras de la capital, sea en los propios suburbios de México, nuestro escritor se fija en la vida de los habitantes y se deleita describiéndola. Así, en el pobre rancho descrito, «su vida era por demás sosegada y monótona. Se levantaban con la luz. El marido montaba a caballo y se iba a las labores, al cerro o al pueblo y no pocas veces a México. Volvía a la hora de comer, se sentaba después en la banqueta de chiluca de la puerta a fumar apestosos puritos de a 20, del estanco, y cuando el sol declinaba, daba su vuelta por el corral para ver su ganado. Solía curar con un puño de estiércol las mataduras de los burros, limpiaba sus caballos con una piedra, echaba unas manganas a las yeguas y en seguida cenaba en familia su buen plato de frijoles, sus tortillas calientes y su vaso de tlachique, y antes de las nueve todos roncaban y dormían profundamente». A su vez, la señora de la casa realizaba sus labores. «Doña Pascuala se ocupaba de barrer la casa, de cchar ramas en el brasero formado de las tres matatenas consabidas, de dar de comer a las gallinas, de limpiar las jaulas de los pájaros, de regar unas cuantas macetas con chinos y espuela de caballero, de preparar la comida y de dar las lecciones al heredero de Moctezuma. En esto y en lo otro pasaba el día y la tarde, y el tiempo libre de que podía disponer lo consagraba a la lectura de las muy pocas obras que se publicaban en México y que encargaba a su marido cuando extendía sus excursiones a la gran Tenoxtitlán; pero también, lo mismo que su marido, a las nueve roncaba como una bienaventurada» (I, 10-11).

En este mismo sentido, Payno demuestra un profundo interés por la vida de los suburbios de México y pone de relieve con ella la dimensión social de sus preocupaciones. «No deja de ser curioso —scribe— saber cómo vive en las orillas de la gran capital esta pobre y degradada población.» Y vive en un lugar descrito así: «A poca distancia de la garita de Peralvillo, entre la calzada de piedra y la de tierra que conducen al santuario de Guadalupe, se encuentra un terreno más bajo que las dos calzadas. Sea desde la garita o sea desde el camino, se nota una aglomeración de casas pequeñas, hechas de lodo,

que más se diría eran temascales, construcciones de castores o albergue de animales, que no de seres racionales. Una puerta estrecha da entrada a esas construcciones, que contienen un solo cuarto y, cuando más, un espacio que forma una cocina de humo o un corralito. Los que transitan por las calzadas, apenas ven atravesar esta extraña población a uno que otro perro flaco, a algún burro que arranca las hierbas que nacen en las paredes de las mismas casuchas, y a una o dos inditas enredadas, sentadas a la puerta o por el lindero de la calzada de piedra» (I, 30).

La descripción de esta vida suburbana adquiere en ocasiones el tono y la expresión de un realismo trágico y doloroso, como en el caso de una impresionante escena que puede suceder dentro de una de esas casuchas del suburbio. Veamos: «A ciertas horas, las arañas comenzaban su tarea para reparar los desperfectos que había causado el aire, o cualquier accidente del día anterior, y así que afirmaban y reponían perfectamente sus hilos, se dedicaban a la caza de moscas, lo que allí no era nada difícil, y después a divertirse y divertir a las criaturas, que eran como sus amigas y compañeras. Tejían su cuerda fuerte, se descolgaban por ella hasta cerca de la cara de los niños; apenas éstos movían sus manecitas para cogerlas, cuando remontaban rápidamente hasta su nido y allí, meneando sus ojillos salientes y como prendidas en la punta de un hilo, observaban la atolería. Si había muchos marchantes, ruido y tráfago que las pusiese en peligro, se encogían, se reducían a una bolita imperceptible y se ocultaban en lo más negro y espeso de las telarañas. En cuanto se establecía la calma, pasaba una mosca cerca o se paraba en la tela, de un salto prodigioso caían sobre ella, la apretaban con sus antenas el cuello, la amarraban con dobles hilos en menos de un segundo las alas, y dejándola prisionera para chuparle la sangre a su hora de almorzar, volvían a formar su cuerda y a descolgarse a la cara y a las manos de los chicos, aventurándose en ocasiones a parárseles por la frente sin pretender su sangre, pues eran menos supersticiosas que la bruja Matiana.»

La preocupación social e incluso una cierta actitud socialista de tipo romántico se advierten con facilidad en la novela de Payno, en cuya pluma no son raros párrafos como éste: «Los hijos de los pobres y los huérfanos expósitos tienen el instinto del sufrimiento desde que nacen, así como los hijos de los grandes, de los ricos y de los reyes tienen el de causar molestias a todo el mundo» (I, 144). Es, en definitiva, una postura general de crítica de la sociedad, que a veces tiene un aire puramente demagógico, pero que, en cualquier caso, alcanza a la organización social misma. Recordaré, a este respecto, un

pasaje, que el autor pone en boca, mejor dicho, en pensamiento del licenciado Lamparilla. Dice así:

«—¡La sociedad! ¡La sociedad! ¿Qué es la sociedad? ¿Las gentes con quienes tenemos negocios, el Gobierno o la ciudad entera? Todo junto es la sociedad, efectivamente, y ésta nos impone deberes a los que por fuerza tenemos que sujetarnos.

»La sociedad dice que el chile, las tortillas, los chiles rellenos, las quesadillas son una comida ordinaria, y nos obliga a comer un pedazo de toro duro, porque tiene un nombre inglés.

»La sociedad califica de ordinaria también a la que no se pone medias, ni viste traje con un corpiño hasta el cogote, cuando mejor es un pecho opulento que se trasluce por entre la camisa de lino, y unas piernas desnudas, de piel más fina que la mejor media francesa. No hay más que ver a Cecilia, y que venga Dios y lo diga.

»La sociedad quiere que los casamientos sean iguales. ¿Iguales en qué? ¿Cómo nací yo; cómo me educaron; en qué cuna de oro y de marfil pasé los primeros días de mi vida? ¿Dónde está mi tío el conde, o mi primo el marqués? Nada: pobreza y miseria; y, sin embargo, yo no soy igual a Cecilia; no me puedo casar con ella, porque al día sigueinte mis condiscípulos del colegio, que ya son jueces, que ya tienen su bufete acreditado, viven en casa sola y mantienen su coche, se burlarían de mí; y Cecilia, aunque la vistiese yo de reina, no sería recibida por esas viejas pretensiosas (*sic*) que los nobles tienen por tías, por madres y por esposas. Si me casara, me perdería para siempre ante la sociedad» (II, 229-230).

Tal preocupación social era antigua y estaba bien arraigada en Payno, quien en mayo de 1881, siendo presidente de la Comisión de Presupuestos, suprimió varias plazas de profesores y rebajó el sueldo a algunos de éstos. La medida fue duramente criticada por Bulnes—quien señaló que cuando se trataban de hacer economías, jamás se rebajaba el presupuesto de Guerra— y por don Justo Sierra, después ministro de Educación, quien acusó a Payno de querer suprimir la escuela preparatoria. Pues bien: nuestro escritor explicó entonces que cambiar una clase por otra no equivalía a destruir la educación, y se confesó enemigo de la preparatoria, porque retrasaba durante cinco años la elección de una profesión, con lo cual perjudicaba a la clase media.

Esa atención de Payno a los problemas de la sociedad, a las clases sociales y a quienes las integran determina el interés del escritor por las costumbres y le impulsa a llenar de cuadros costumbristas su obra. Y justo es decir que en tales descripciones de tipos y grupos humanos

se muestra consumado conocedor y maestro. El caso de la masa india constituye un ejemplo destacable. «Hay —escribe Payno— una masa considerable, que pasa de miles de indios, que no tiene ni tierras, ni casas, ni residencia fija. Caminan como peregrinos grandes distancias en busca de trabajo, sin más equipaje que un sombrero de petate, un calzón corto de lienzo ordinario de algodón y un capote erizado, hecho con hojas de palmas y que les da el aspecto singular que tendrían los primeros habitantes de la tierra. Llevan con ellos a sus mujeres y a sus hijos casi desnudos aun en la estación del invierno. Las mujeres, enredadas en unas tres varas de lienzo de lana azul, cargando en un ayate a sus hijos en las espaldas, que se duermen y van colgando y columpiando las cabezas de uno y otro lado. Callados, sobrios, humildes, resignados con su suerte, son al mismo tiempo muy hábiles y prácticos en todas las operaciones para la siembra del maíz, que se cultiva en México como en ninguna parte del mundo, y en este ramo nada tiene que aprenderse de Europa» (II, 269). Estos indios se contratan en las haciendas para hacer los trabajos agrícolas. Durante ese tiempo, «se alojan en chozas de ramas y zacatón, que nunca faltan en las fincas, o ellos las construyen, y cuando han acabado su contrata y percibido el fruto de su rudo trabajo, que comienza ordinariamente a las seis de la mañana y concluye a las seis de la tarde, se revisten con sus erizadas capas, las mujeres cargan a sus hijos en las espaldas, y las que no los tienen están obligadas a cargar el metate y algunos canastos y el *itacate*, que se compone de gordas de maíz martañado, que calientes y acabadas de hacer no son del todo malas, pero que frías, sólo pueden marcarse por los dientes blancos y fuertes comunes a toda la raza indígena. Si tienen algunas nociones de religión tradicionales o enseñadas por algún cura de un pueblo, cantan en coro *El Alabado*. Se despiden antes de salir la luz, besan la mano del administrador y, tomando un trote uniforme y acompasado, como una tropa al sonido del tambor, salen muy contentos de la hacienda prometiendo volver al año siguiente» (II, 269-270).

Sobre los mestizos, bastará este retrato de Mateo, cochero de la diligencia de México a Veracruz: «Era Mateo de esa raza mestiza inteligente, audaz y valentona, que representa hoy, quizá, una tercera parte de los habitantes de la que fue Nueva España, y que tantos servicios presta en la guerra, en las minas y en la cultura de los campos. Chaparro, medio zambo, de nariz abultada, de ojos negros, pequeños y maliciosos, lampiño, de anchas espaldas, de brazos y piernas musculosas, con unas manos chicas, pero con los dedos gordos como si fuesen de plátano guineo, manejaba con destreza dos tiros de mulas,

y su mano era tan dura y firme que las mulas sobradas y bravas que se uncía a los coches reconocían desde luego la superioridad del que las conducía» (II, 321-322).

No pocos tipos humanos más y sus respectivos modos de vida aparecen bien dibujados en *Los bandidos de Río Frío*. Entre ellos cabe recordar a Pepe Carrascosa, magnífico ejemplo del clásico rico avariiento, que lleva una vida casi miserable, sin otras ocupaciones que ir a la barbería, oír misa en la catedral, almorzar en uno de los bodegones de la Alcaicería, visitar a algún pariente rico, comer en el mismo figón, jugar al dominó «sin apostar nada» y, a las diez de la noche, retirarse a casa después de estar una hora de ocio sentado en una alacena del portal «con las piernas colgando» (I, 334-335). Pero es más interesante registrar, como lo hace Payno con gran delectación, la costumbre criolla de pasar «la temporada» en San Angel. Se refiere el novelista a los contrastes que pueden observarse en la República Mexicana, donde mientras en una población hay, por ejemplo, peste, en otra no lejana de la anterior se disfruta de una gran paz y de completa salud; y dice que es en la capital donde tales contrastes son más marcados. Así, escribe Payno: «Llegada la temporada de San Angel, ya no se piensa en otra cosa. Que la República arda por el Sur o por el Norte, que el Ministerio cambie, que los generales se pronuncien, que las pagas de los empleados anden escasas, que el Gobierno caiga, todo esto y más todavía es completamente indiferente para los habituales de la temporada de San Angel.» Y ello se comprende bien —añade—, porque «es un pueblo tan tranquilo, tan bello, de una dulce temperatura y tan sano, que muchos enfermos, aun de gravedad, con sólo el aire que respiran, logran la salud en menos de dos meses. Situado a cosa de 72 varas de altura sobre el nivel de la Plaza Mayor de México, el aire no está impregnado de los miasmas deletéreos producto de los desechos de una numerosa población, y el oxígeno de los pinos de la montaña y el perfume de las flores de los jardines influyen en reconstruir el organismo de una manera tan rápida, que parece fabulosa» (IV, 24). En aquel tiempo, durante la temporada, el pueblo tenía este aspecto: «Las casas ocupadas, alegres, abiertas de par en par puertas y ventanas desde las seis de la mañana, dejando ver sus patios y jardines; las más bonitas muchachas, vestidas de trajes ligeros de colores fuertes y variados, entrando y saliendo a la iglesia, cuyas campanas sonoras llaman a la misa y a la festividad dominical; niños corriendo y saltando, jóvenes elegantemente vestidos de verano, y señores graves y mayores con sus bastones de puño de oro y sus levitas de piqué blanco, revisando y fijando sus lentes en las devoradoras

criaturas que tienen ocasión de lucir su garbo y destreza en manejar sus rebozos de seda; y todo este moviente cuadro, variado con las indias cargadas de fruta y de legumbres que se dirigen al tianguis, con los ómnibus que salen o vienen de México, y con los coches que llegan llenos de gente de buen humor y de convidados a una casa o a otra a pasar un día de campo» (IV, 28).

Manuel Payno es, como se habrá podido comprobar, un atento y agudo observador de la realidad social, y apenas deja, en este aspecto, rincón por escudriñar. Ello hace de su novela un valioso documento histórico, especialmente interesante para llevar a cabo la reconstrucción de la sociedad de la época. En este aspecto, merece la pena de subrayar la lenta transformación operada en las costumbres respecto de las del período de gobierno español. Ya la condesa de Calderón de la Barca, en sus famosas cartas de *La vida en México*, así como su esposo, el ministro de España en México de 1839 a 1842, en varios de sus despachos oficiales, pusieron de relieve esa pervivencia de las costumbres virreinales durante la primera mitad del siglo XIX. A su vez, Payno rinde un testimonio semejante cuando, refiriéndose el «aparato militar» característico del «avío» y séquito de un noble, dice que no se debía a que «hubiese partidas de ladrones, ni de revolucionarios, ni excursiones de salvajes», sino que su razón principal era «el lujo y la comodidad». Y agrega en seguida: «Estas costumbres de la clase rica de los tiempos coloniales se conservaron muchos años, después de los tiempos de la república, como una de tantas cosas usuales en que no fijaban su atención sino aquellos a quienes interesaba» (II, 383).

Dentro de la fundamental veta costumbrista de *Los bandidos de Río Frío*, llamará la atención del lector, seguramente, la escena en que Payno describe la persecución y matanza de los perros vagabundos por los serenos. La costumbre procedía de una orden del virrey conde de Revillagigedo, que trató de limpiar la ciudad de México de la gran cantidad de perros abandonados o sin amo que llenaban, no sin riesgo de los habitantes, sus calles y plazas. Se ordenó, pues, a los serenos cumplir la orden, y nuestro escritor narra, con gran realismo, el procedimiento empleado y las consecuencias que producía. «Hasta las once de la noche —escribe Payno—, el sereno, acurrucado en la puerta de una panadería y envuelto en su capotón azul, dormía profundamente. Concluido el teatro, cerrados los billares y cafés y retirada la gente a sus casas, quedaba el traidor enemigo de los perros dueño del campo. Dejaba su farol en medio de las cuatro esquinas, empuñaba su garrote y se deslizaba cautelosamente por las aceras. Encon-

traba un infeliz perro durmiendo descuidado en el quicio de una puerta, le asestaba un tremendo palo y le rompía las costillas o la cabeza. Si el animal no podía correr, el sereno se encarnizaba y lo hacía allí pedazos; si corría, le lanzaba el palo con fuerza y le quebraba una pierna; y allí, tirado, indefenso, le daba a diestro y siniestro hasta dejarlo tendido en un charco de sangre.» Las consecuencias del sistema eran terribles para los ciudadanos: «La ciudad toda y por todas partes era turbada en las noches por lejanos ladridos de los perros que estaban fuera del alcance de la matanza, y por los dolorosos quejidos y aullidos de los que morían o quedaban heridos. Muchas veces era imposible dormir y las calles amanecían manchadas de sangre. A los serenatos se les pagaba un real por cada perro que mataban, y a la madrugada cada uno, según sus obras, se dirigía a la *Diputación* arrastrando un racimo sangriento, deforme y horrible» (I, 123-124).

A veces, sin embargo, el realismo de Payno está teñido de ironía. Por de pronto, la narración aparece salpicada aquí y allá de expresiones humorísticas, como cuando dice, al describir un edificio, «... sosteniendo sus techos columnas de piedra de una sola pieza (o monolitos, para echar al descuido alguna erudición)» (II, 189). Pero, además, en alguna ocasión mezcla el realismo con lo inverosímil y lo ridículo o grotesco. Es, por ejemplo, el caso —ya señalado por Azuela— de la escena donde relata el asalto a la diligencia en que viaja la compañía de ópera italiana, cuyos componentes —tiples, sopranos, tenores, barítonos— descienden del vehículo y calman los instintos criminales de los bandidos cantándoles arias, duetos y romanzas.

También incluye Payno, en ocasiones, comentarios políticos, de orden nacional o de alcance internacional, en el texto de su novela. Así, refiriéndose al respeto y al miedo tradicionales de los hombres ante los jefes, es decir, ante quienes tienen dotes de mando, por decirlo así, naturales, afirma que la Revolución Francesa fracasó en su intento de destruir tal sentimiento. Ello se explica, según el autor —que muestra en este punto ciertas dotes proféticas—, por «la aparición del comunismo y nihilismo, que es menester contener con millones de soldados armados que a su vez cargan y disparan el fusil estimulados por ese tradicional miedo que no los abandona». Y agrega, con clara alusión a Bismarck: «La Europa presenta hoy, en medio del constitucionalismo y de la libertad relativa, el espectáculo imponente de la autoridad y de la misteriosa obediencia antigua, representada en un canciller, oculto muchos días del año en un ignorado bosque de Alemania, y de cuyos labios está pendiente el mundo entero.» Un caso semejante era el de Hispanoamérica: «Las jóvenes y turbulentas repú-

blicas hispanoamericanas, progresistas y ambiciosas del bien y de las grandezas, adoptando en el acto cuanto tienen de grande y de vital las ciencias, la ingeniería, la literatura y la inteligencia humana en todo su admirable desarrollo, no se han podido sacudir de esa tradición. Unas están sujetas todavía a la política de la Iglesia, otras tienen en su seno un grupo poderoso de ricos egoístas y de pretendientes de nobleza y aristocracia, que esperan con ansia la misa anual mortuoria del príncipe que, casi echado de su tierra, vino a terminar su vida con una trágica aventura» (I, 223-224). Diáfana alusión, la de estas últimas palabras, a Maximiliano de Austria, su breve imperio en México y a los mexicanos nostálgicos de aquella etapa histórica.

Dentro de ese panorama internacional hay, sin embargo, una excepción: Estados Unidos, nación no sometida, según Payno, al tradicional miedo a la autoridad fuerte. Así, escribe: «Hay en este cuadro severo y moralmente triste, una luz que, lejos de extinguirse, brilla más viva y espléndida a medida que pasan los años: *La República de los Estados Unidos*. Se contentan en sus aspiraciones con ser todos capitanes, coroneles y mayores de un ejército que no existe; pero nadie agacha la cabeza, como nuestro tornero, ante el antiguo y fantástico noble de bigote retorcido y espada toledana de taza y cruz.» Pero Estados Unidos tenía un defecto importante: no ser amigo de los países hispanoamericanos. «¡Lástima que sus cualidades de independencia personal y de constante y atrevido trabajo sean a veces nulificadas con la corteza grosera y egoísta que envuelve al yanqui de las praderas! Del americano educado, instruido y, digámoslo así, pulido por la educación y los viajes, sale un Washington, un Adams, un Cooper, un Irving, un Prescott» (I, 224-225).

* * *

Como se habrá podido ver, Manuel Payno no pretende, en realidad, con *Los bandidos de Río Frío*, construir una verdadera novela, sino reconstruir una época, casi del mismo modo y con un método parecido al que emplea el historiador. De ahí el que la obra contenga buenas descripciones de ambientes y tipos mexicanos de la primera mitad del siglo XIX. Gracias a ello, nuestro escritor logra presentar un panorama vastísimo, realista, verídico y muy vivo de la vida de México en aquella época, y resultaría ocioso buscar otro que le ganara en las virtudes señaladas. En consecuencia, el valor más sobresaliente de la obra consiste en su calidad de documento, y esto es lo que da a su texto perdurabilidad, a la par que explica la alternancia de no pocas páginas

sumamente pesadas y aburridas con otras de un vigor, un colorido y una viveza semejantes a los de un gran cuadro de historia.

Lo anterior no quiere decir, sin embargo, que Payno careciera de dotes de imaginación e inventiva. Las tenía, sin duda, y buena prueba de ello son los numerosos episodios creados por él y el modo hábil de exponerlos y situarlos. Como dice Azuela, Payno «fija personajes, sucesos y paisajes con la mayor claridad, los enlaza, los entrateje y no da lugar a embrollos ni confusiones». Sin embargo, debe advertirse —y también lo señala Azuela— que así como «describe el paisaje y el ambiente que han captado sus sentidos con fidelidad admirable», cuando «inventa y deja libre su imaginación, disparata de lo lindo». Ello explica la mezcla de realismo y romanticismo que se advierte en la novela; mezcla que bien pudiera provenir del contraste entre la educación tradicional de Payno y la actitud y las ideas reformistas que mantuvo durante su dilatada existencia.

La cualidad más importante de Payno es, en cualquier caso, la observación. Gracias a ella, su obra alcanza elevadas y brillantes cotas dentro del realismo, el cual adquiere en él, por la misma razón, un tono gustoso de popularismo y sencillez. Ello se advierte también en el estilo, «familiar y descuidado», como ha dicho Antonio Castro Leal. Su prosa es, sin duda, de exigua variedad léxica, sencilla y pobre de recursos, pero es también amena, directa y de fácil comprensión para el lector medio y popular, al que el autor quiso dirigirse preferentemente. No en balde su novela fue publicada por entregas y puede considerarse, en cierto modo, novela de folletín. En este carácter han visto algunos críticos los peores defectos de *Los bandidos de Río Frío*. El propio Castro Leal señala, por ejemplo, la deficiencia que constituye la necesidad de dar un final interesante y atractivo a cada capítulo, de modo que el lector, en suspenso y ávido de conocer la continuación, adquiriera la entrega siguiente, para lo cual el autor se ve obligado a acumular «crímenes» y «horrores», enredos, sorpresas y apariciones y desapariciones de personajes. Mas pienso que eso mismo es lo que da a la obra su popularidad y determina el que todavía hoy pueda ser leída con agrado, porque el origen real de los hechos narrados y, sobre todo, el conocimiento directo de esa realidad por el autor dan a su narración la soltura y la fluidez convenientes al paladar literario del público a que se dirige, así como el mexicanismo que la caracteriza y que, en frase de Azuela, «rezuma por todos los poros» de la obra.

JAIME DELGADO
Universidad de Barcelona